

# Procedimientos lingüísticos en la obra literaria de Alonso Zamora Vicente

Jesús Sánchez Lobato  
Universidad Complutense de Madrid  
[jsanchezlobato@filol.ucm.es](mailto:jsanchezlobato@filol.ucm.es)

## RESUMEN:

Este trabajo, producto del análisis de una serie de obras de Alonso Zamora Vicente, hace un detenido estudio sobre los procedimientos lingüísticos utilizados como recursos literarios.

**Palabras clave:** Alonso Zamora Vicente, Español Coloquial. Procedimientos de creación. Recursos lingüísticos.

## ABSTRACT:

This article is the result of the analysis of some different works by Alonso Zamora Vicente. Our purpose is to study the main linguistic procedures used as literary resources.

**Palabras clave:** Alonso Zamora Vicente, Colloquial Spanish. Creation Procedures. Linguistic Resources.

## 1. INTRODUCCIÓN

La obra narrativa de Alonso Zamora Vicente no ha sido ajena<sup>1</sup> a mis intereses literarios y científicos; con el fin de desvelar procedimientos lingüísticos carac-

---

<sup>1</sup> Mi primer encuentro con Alonso Zamora Vicente tuvo lugar en las aulas de la Universidad Complutense allá por los años sesenta, ya avanzados. Por entonces, había leído los libros: *Primeras hojas* (1955, 2ª ed., 1985), *Smith y Ramírez, S.A.* (1957, 2ª ed., 1986) y *Un balcón a la plaza* (1965). Libros que me llamaron poderosamente la atención por su peculiar escritura al margen de la literatura que se leía por aquellas fechas en España. Don Alonso fue para mí (y para los de mi generación) un maestro singular en todo.

Las obras que tendré en cuenta son: *Un balcón a la plaza* (1965) (BP), *A traque barrique* (1972) (ATB), *Desorganización* (1975) (D), *El mundo puede ser nuestro* (1976, 2ª ed., 1991); *Sin levantar cabeza* (1977, 2ª ed., 2006), *Mesa, sobremesa* (1980, 2ª ed., 2004); *Estampas de la calle* (1983), *Vegas bajas* (1987) (VB), *Voces sin rostro* (1989), *Mentirijillas* (1991, 2ª ed., 1995), *Hablan de la feria* (1995), *Historias de viva voz* (1995) (HH), *La otra esquina de la lengua* (1995), *Cuentos con gusano dentro* (1998), *¡Estos pobres diablo...* (1999).

Para una visión de conjunto de la obra de AZV, aparte de los espléndidos homenajes que le han dedicado en *Papeles de Son Armadans* (Madrid-Palma de Mallorca, 1973), *Homenaje a Alonso Zamora Vicente* (Madrid: Castalia, 5 vols., 1988-1996) y en *Con Alonso Zamora Vicente. La lengua, la Academia, lo popular, los clásicos, los contemporáneos* (Alicante: Universidad de Alicante, 2 vols., 2003), remito para la búsqueda de los procedimientos lingüísticos de sus obras, entre otros, a Jesús Sánchez Lobato (1988): "Aspectos lingüísticos en *A traque barrique*", *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, Madrid: Castalia,

terísticos de su escritura y claves estilísticas presentes en sus narraciones con marcadas pautas de expresividad, he publicado con cierta asiduidad, para un mejor conocimiento de sus múltiples relatos, estudios que, desde la perspectiva del habla empleada por sus heterogéneos personajes, fueran desvelando las técnicas literarias y los recursos de corte lingüístico en los que se asientan los extraordinarios monólogos y soliloquios que irrumpen por doquier en sus espléndidos relatos.

AZV<sup>2</sup>, al margen de generaciones literarias, de modas e influencias y de estilos, se nos muestra en sus narraciones como un escritor –segunda mitad del siglo XX– de simpar personalidad y de sorprendente originalidad, así como uno de los narradores que más se ha distinguido en la configuración de una nueva forma de escritura al aunar la tradición cultural, libre de toda hojarasca, con lo presente y nuevo, y expresarlo estilísticamente mediante su gran aportación personal: el habla ceñida a cada situación concreta de comunicación social<sup>3</sup>.

## 2. EL HABLA COMO RECURSO ESTILÍSTICO

He reiterado con denuedo y entusiasmo<sup>4</sup> que la gran novedad que encontramos en los relatos de AZV, en confrontación con la prosa de su tiempo, consiste en con-

---

Vol. I, págs., 491-500; (1998): *Narraciones. Alonso Zamora Vicente*, Madrid: Castalia; (2000): “Acercamiento a la novelística de Alonso Zamora Vicente”, *Cuadernos de Filología Italiana*, Madrid, Facultad de Filología, UCM, págs., 831-849; (2003): “Notas sobre la lengua en la obra literaria de Alonso Zamora Vicente”, en *Homenaje al profesor José Jesús de Bustos Tovar*, Madrid, Universidad Complutense, Vol. I, págs., 805-821 y (2007): “Aspectos de la cortesía verbal en la prosa de Alonso Zamora Vicente”, *Discurso y oralidad. Homenaje al profesor José de Bustos Tovar. (Anejos de Oralía)*, Madrid, Arco /Libros, págs., 421-441.

<sup>2</sup> AZV nace en Madrid (1916) y muere en San Sebastián de los Reyes (Madrid) en 2006.

De él escribí: “Ha sido (y es) maestro de generaciones universitarias (a lo lejos, en el tiempo, ya Mérida y Santiago de Compostela); ha impulsado con denuedo la cultura hispánica allá por donde le ha llevado el viento de su historia, ha rastreado nuestra mejor veta popular en los Clásicos (¡Qué lejos también Buenos Aires!); nos ha legado magistrales estudios sobre Fernán González, Gil Vicente, la picaresca, Lope de Vega, Cervantes, Tirso de Molina, Galdós, Gabriel Miró, Unamuno, Azorín, A. Machado, Valle Inclán, César Vallejo, C. J. Cela... (Salamanca y su primer encuentro con Unamuno en el recuerdo). Ha dicho casi todo lo que hay que decir sobre la lengua española en sus estudios de Dialectología y en su callada labor académica (México, cercano y lejos en el tiempo), ha recreado literariamente, con voz propia, la sociedad española en su conjunto por medio del hombre de la calle, del ser anónimo y plural (AZV es uno más de sus personajes) para así adentrarnos en la intrahistoria de España, en la vida de la colectividad española de los últimos noventa años; ha permanecido siempre atento a toda manifestación cultural por insignificante que fuere. Ha sido (y es) ejemplo moral y ético en una sociedad...”, en “Semblanza de Alonso Zamora Vicente”, (2003): *Con Alonso Zamora Vicente. La lengua, la Academia, lo popular, los clásicos, los contemporáneos*, Alicante: Universidad de Alicante, Vol. I, pág., 231.

<sup>3</sup> J. Sánchez Lobato (2003): “Notas sobre la lengua en la obra literaria de Alonso Zamora Vicente”, en *Homenaje al profesor José Jesús de Bustos Tovar*, Madrid, Universidad Complutense, Vol. I, pág., 805.

<sup>4</sup> Véase nota 1. Aparte, los trabajos siguientes: (1982): *Alonso Zamora Vicente*, Ministerio de Cultura, Colección Escribir Hoy; (1986): “Asedio a Primeras hojas de Alonso Zamora Vicente”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, 432, Madrid, págs., 179-189 y (1989): “En torno a Smith y Ramírez, S.A., de Alonso Zamora Vicente”, *Lucanor, Revista del cuento literario*, 3, Pamplona, págs., 55-72.

vertir la materia lingüística, soporte de la manifestación verbal de sus personajes, en la unívoca protagonista de sus cuentos ya que, en la plural forma de expresión de sus personajes, se encuentra su extraordinaria caracterización polifónica verbal. El habla, por medio de sus variadas formas de expresión, se erige en la verdadera protagonista de sus cuentos. Se convierte en persona colectiva de carne y hueso, se torna en la voz de las personas vencidas que han vivido y, por tanto, sufrido la Guerra Civil española, además de soportar una larga postguerra –frente a la lengua oficial del “nuevo orden” impuesto por los vencedores–, se muda en personas anónimas que han empezado a vivir a partir de los setenta de forma diferente y ya no acaban de entenderse, porque hablan y piensan de manera distinta, ni con los mayores ni con los más jóvenes. En definitiva, es un habla coral que nos ha acompañado, con todos sus matices, hasta el presente –su presente, 2006, fecha de su fallecimiento–.<sup>5</sup>

Por ello les adelanto –como de todos es sabido<sup>6</sup>– que Alonso Zamora Vicente es un escritor que concibe la *lengua* siempre en el sentido de *habla*. Para decirlo al modo clásico, parte del principio inapelable de Juan de Valdés<sup>7</sup> de “escribo como hablo”: (“[...] porque el estilo que tengo me es natural, y sin afetación ninguna escribo como hablo”) y, por tanto, sabe que se puede plasmar con rigor en la escritura la oralidad, conociendo, por supuesto, como nuestro autor conocía extraordinariamente bien<sup>8</sup>, que la cadencia de la misma siempre es diferente a la

<sup>5</sup> Toda su obra de creación se levanta sobre la portentosa recreación literaria de la lengua. Sus personajes, sean voces masculinas o femeninas, ancianos, jóvenes o menos jóvenes, se sitúan en la inmediata postguerra, en nuestros días, o en los años setenta, ochenta o noventa, gracias a la perfecta simbiosis que ocurre entre la situación dialógica creada, el tiempo narrativo del relato y la prodigiosa utilización de la lengua en boca del coro de personajes convocados para contarnos puntualmente lo que acaece.

[...] “*La riqueza léxica que yo puedo emplear obedece a que yo he aprendido el español en la calle, y la calle es la gran maestra de cualquier español. Lope no fue a la universidad con fruto, vamos, si nosotros le llamamos filólogo nos mordería, y Cervantes no digamos... Es la calle nuestra gran maestra...*” H. A. Tenorio: “Entrevista con Alonso Zamora Vicente”, en *Suplemento del Caribe*, Barranquilla: Colombia, 13 de agosto de 1978.

“*Yo tenía entonces –dice AZV– en una misma casa, por lo menos, tres lenguas distintas que no sabía muy bien donde tenía que colocar cada una. Había una lengua de funcionarios, de personas educadas y con representación en la vida de la Corte incluso, era la lengua de mis padres, de mis hermanos mayores, la lengua, digamos, oficial de mi familia, una lengua que hablaban las personas que venían a visitarnos. [...] Luego tenía la lengua campesina de la familia que venía a vernos y donde pasábamos los veranos... [...] He vivido la vida tradicional y siempre que puedo vuelvo a vivirla.*”

[...] “*Y luego tenía la lengua de la calle madrileña porque entonces jugábamos en la calle, estábamos siempre en la calle... [...] Después oficialmente yo soy dialectólogo y he corrido muchas tierras de España.*”

J. Sánchez Lobato (1998): *Narraciones. Alonso Zamora Vicente*, Madrid, Castalia, págs. 8-9.

<sup>6</sup> J. Sánchez Lobato (2007): “Aspectos de la cortesía verbal en la prosa de Alonso Zamora Vicente”, pág. 423.

<sup>7</sup> Juan de Valdés: *Diálogo de la lengua*. Edición de Juan M. Lope Blanch (1969), Madrid, Castalia, pág. 154.

<sup>8</sup> Alonso Zamora Vicente, con motivo de la exposición que la Fundación Alonso Zamora Vicente de Cáceres celebró en honor de Tomás Navarro Tomás, su maestro, dejó escrito (2001): [...] “Los nombres de María Josefa Canellada y Alonso Zamora Vicente, que, con frecuencia, se ven mezclados en estas salas, no quieren más que testimoniar una riquísima realidad: Fuimos los últimos colaboradores directos que tuvo [Tomás Navarro Tomás en el Centro de Estudios Históricos en su laboratorio de Fonética], los más jóvenes en aquellos días tan anegados de malos presagios”, en “Recuerdo de Tomás Navarro Tomás”, *Los orígenes de la fonética experimental en España*, Fundación Alonso Zamora Vicente, Cáceres, pág. 22.

de la manifestación escrita<sup>9</sup>. Nunca la lengua escrita, aunque los buenos escritores recrean dicha ilusión por medio de la palabra, puede descubrirnos todos y cada uno de los caracteres y matices de una lengua viva<sup>10</sup> y espontánea, el habla, cuya peculiaridad esencial es la de reproducir con fidelidad el conjunto de voces sociales como individualidades expresivas y representativas, a su vez, de una pluralidad social, en definitiva, de una polifonía real, la que se oye en la calle; las diferentes voces que nos acompañan en sus narraciones constituyen una síntesis prodigiosa del habla, hecha voz, que testimonia la diferenciación social (diferencias de sexo y de educación, de edades y de oficios, de origen y de cultura, del mundo rural y del urbano, etc.) y la realización individual de cada uno de los personajes.<sup>11</sup>

*Ya sabe usted que, en cuanto pueden, nada les engorda tanto como ponernos de hoja perejil. Y, ahora que caigo, no habíamos hablado de eso, dígame, ¿usted ha visto lo que pasa con el clero...? ¿Eh...? Vamos, hay cosas que no tienen nombre, Sin levantar cabeza, pág., 173.*

El estrecho encadenamiento entre habla y réplica –dice Emilia de Zuleta<sup>12</sup>–, que puede llegar a parodiar, incluso, lo que dice el interlocutor no exento de un cierto tono irónico, orienta las diferentes voces del discurso y articula la narración, es decir reorienta las pautas del diálogo:

*¿Cómo? No, no conozco a ese Juan Ramón Jiménez... ¿Dice usted que Premio Nobel...? Ah, en poesía, acabáramos. No, mire, yo, de eso... (A traque barraque, pág. 26).*

Los personajes de sus cuentos monologan según el guión de la tragedia clásica, pero, a diferencia de los personajes de la tragedia griega, su catarsis toma cuerpo en la anonimidad y se va a desarrollar en la superficialidad de la rutina diaria. Dejan de ser héroes para convertirse en seres corrientes, en seres colectivos. Por basarse en el diálogo (yo frente al no yo, o siguiendo el esquema *emisor-receptor-emisor*, aunque en la mayoría de los relatos el emisor es único forzado por los largos silencios de ese “receptor” universal y anónimo que invade la narrativa de AZV), su escritura está más próxima a la estructura dramática que a la puramente descriptiva, y este

<sup>9</sup> “Mire usted, escribo así, yo creo que..., porque se habla; lo que yo hago es hablar con la gente y como la gente[...] Además, mire usted, no se olvide usted nunca de esto: aquella cosa preciosa de las de Antonio Machado, el profesor que saca a un alumno a la pizarra para que escriba una frase importante y el alumno escribe: “los eventos consuetudinarios que acaecen en la rúa”, muy bien, está muy bien dicho, ahora póngalo usted literariamente, y el alumno escribe: “lo que pasa en la calle”. Bueno, pues yo soy de lo que pasa en la calle, lo otro no me interesa nada, lo otro se ha dicho ya demasiado”, Mohammed Laabi (1996): “Entrevista con Alonso Zamora Vicente”, Madrid.

<sup>10</sup> Podemos ver en ello la influencia de CH. Bally (Tr. De Amado Alonso) (1941): *El lenguaje y la vida*, Buenos Aires.

<sup>11</sup> J. Sánchez Lobato (2007): “Aspectos de la cortesía verbal en la prosa de Alonso Zamora Vicente”, págs. 422-423.

<sup>12</sup> Emilia de Zuleta (2003): “Los cuentos de don Alonso”, *Con Alonso Zamora Vicente*, Alicante, Universidad, Vol. I, pág. 313.

recurso literario, además de constituir una sorprendente novedad estilística en la prosa de su tiempo, confiere a la narración una portentosa riqueza lingüística basada en una sorprendente variedad de recursos estilísticos : Chucho, el joven inquieto y con talento de *Vegas bajas*, afirma:

En primer lugar (mi libro) no tendrá un personaje concreto. Ya ha pasado eso. Los hombres no estamos aislados, no obramos con arreglo a una falsilla interior, sino que somos un conjunto, y de ese conjunto hay que hablar. Me gustaría que mis personajes no tuvieran rostro, que no pudiésemos decir “el rubio alto, la bella fulanita”. No, todo ha de desprenderse de la lengua que empleen. Dime cómo hablas y te diré quién eres...<sup>13</sup>

### 3. HABLA Y SOCIEDAD

La preocupación por el hombre en plenitud, por el hombre “pequeñito” de César Vallejo<sup>14</sup> en sociedad ha estado siempre presente en las narraciones de nuestro autor. La redención del hombre por medio de la cultura<sup>15</sup> para poder incardinarse en una sociedad mejor y más justa ha sido una constante de su quehacer literario, así como en la resolución de los conflictos humanos; de ahí que sus relatos tiendan a desvelar no sin cierta ingenuidad y conmiseración sus más profundos secretos, a veces, vistos y, por lo tanto, expresados, desde una bien-intencionada voz irónica<sup>16</sup>. El hombre se nos muestra por sus páginas en todos

---

<sup>13</sup> Veamos cómo se dirige uno de sus personajes al autor: “[...] Luego, no pierdas de vista cómo hablas. Siempre casero, como en el barrio y, lo que es peor, diciendo las cosas a medias, para que la gente se descrime al interpretarte. Encima querrás entrar en la Academia, ¡corta, hombre, corta! Me consta que tiemblan los académicos ante la posibilidad de que se extiendan tus gerundios, tus diálogos sin interlocutor visible... Ahora noto que no has dicho ni pío desde que te encontré, ¡claro! en boca cerrada, ya se sabe... ¿O es que no tienes nada que alegar? Por lo menos, comprueba que soy yo, no soy tuyo, tu personaje, estoy liberado, ¿estamos?”, *HVV*.

<sup>14</sup> El peruano César Vallejo, por ser el poeta que quiere construir un mundo mejor y para ello se dirige al hombre desvalido y acosado, por ser el poeta que sólo toma partido por el hombre para demostrar que nació muy pequeñito e indefenso, César Vallejo, digo, es el poeta que aparece en numerosos volúmenes de relatos de Alonso Zamora Vicente. Fue, sin duda, uno de sus poetas predilectos.

<sup>15</sup> Las diferentes formas de hablar de sus personajes no presentan, en conjunto ni en particular, ningún matiz digno de ser resaltado desde la óptica diatópica, hay que acercarse a dicha polifonía verbal desde el ángulo de la estratificación lingüística. Es el habla, reconocidamente urbana en su variedad, que se manifiesta monocorde y con expresiones y silencios demasiado uniformes en una discontinua clase media –burguesa y no burguesa–, surgida de las transformaciones sociales acaecidas en España con notable incidencia en su configuración urbana al diluirse en lo urbano la vida social de trasfondo rural. Es ésta, por consiguiente, una peculiar forma de hablar coloquial, oral e informal –aunque la plasmación literaria sea extraordinariamente académica en la forma– que responde a un amplio espectro social (situado en Madrid, como núcleo aglutinante), en el que la mayor coincidencia entre las personas que se sirven de ella no es precisamente el aspecto económico ni su situación social – al menos bajo dicho prisma no nos son presentadas–, sino su enorme falta de educación.

<sup>16</sup> “Los horrores de la guerra, lo absurdo de una sociedad dividida, la prepotencia de los vencedores, el arrinconamiento de los vencidos, la nostalgia de lo que pudo ser un ilusionante proyecto de vida en común y colectivo, el peso de la postguerra, el acomodo a unos valores nuevos lejos ya de los soñados, la pérdida de unas señas de identidad cultural y la prosecución de otras, junto a su preocupación por la sociedad espa-

sus semblantes, facetas y etapas de la vida, pero siempre encuadrado en un espacio real y en un tiempo histórico; no desdeña la realidad sino que sale a su encuentro. España es el marco de sus acontecimientos; el tiempo narrado se extiende desde los años veinte del siglo pasado hasta principios del siglo XXI. Las gentes que pueblan sus cuentos han crecido con el autor, se han tropezado con él en más de alguna ocasión<sup>17</sup>.

El habla a voz en grito<sup>18</sup>, el habla a borbotones en sus variantes de coloquio y soliloquio interminables y la oralidad espontánea del “yo”, sin respetar en la mayoría de las ocasiones los turnos de palabra que la educación social y cultural exige, constituyen, en definitiva, una de las marcas indelebles de la literatura popular en la tradición española, y AZV, por formación y sensibilidad, participa plenamente de dicha tradición literaria<sup>19</sup>. Por ello en sus relatos recurre a la forma dialogada (ficticia o real) como modelo de creación de sus entes literarios para mostrar al lector sus personajes por la forma de decir, por el modo de hablar; y el habla, por consiguiente, por medio de los recursos lingüísticos que la sustentan, se convierte en estructuras dialogadas o monologadas que nos van enmarcando la acción. En general podemos afirmar que dichas disposiciones son falsos diálogos originados al omitirse el discurso del interlocutor quien, por cierto, está siempre presente en la conversación y determina, con sus intervenciones no siempre verbales, los cambios de dirección en el enunciado principal:

A veces nos sitúa en una conversación ya iniciada:

*Pues, sí, soltero, ya lo ve usted, “Soltero, soltero”.*

---

ñola, aparecen constantemente por sus páginas. El humor, la ironía y la intensa búsqueda de lo auténtico se manifiestan en una escritura mucho más próxima, como ya he señalado, a la estructura dramática que a la puramente descriptiva”, en J. Sánchez Lobato (2000): “Acercamiento a la novelística de Alonso Zamora Vicente”, pág. 832.

<sup>17</sup> AZV (1969): “Yo escribo los domingos”, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Santander, pág. 285: “Ah, no, no me gustan nada. Absolutamente nada. Pero los quiero. Son los míos, los que tengo ahí. Dios no me ha dado otra España más habitable y debo resolvérmela todas las mañanas. Cómo había de tomarles el pelo”.

<sup>18</sup> Escribí no hace mucho en (2007) “Aspectos de la cortesía verbal en la prosa de Alonso Zamora Vicente”, Arco /Libros, pág. 423.

<sup>19</sup> J. Sánchez Lobato (2002): “La formación institucional del autor y su proyección cultural –creemos que en el fondo está Cervantes– le llevan a insinuarse en la escritura con reticencias, ironías, elipsis, ampliificaciones, hipérboles (tal como dialogan, se comunican, asienten o discuten las personas en sociedad), para incitar al lector no solo a pensar en el pasado desde el presente, sino para obligarle a la utilización de la inteligencia con el fin de proyectar en el futuro las nuevas formas de vida arropadas por nuestras más señeras y auténticas vías culturales. El regeneracionismo de sus maestros y de él mismo siempre está presente en la forma de ver la sociedad española de su tiempo.

AZV entiende que la lengua empieza por ser oral antes de convertirse en instrumento indispensable para la transmisión cultural escrita –así lo entendieron nuestros clásicos–, y éste es su punto de partida: la lengua del pueblo que, debidamente tamizada –aquí reside, precisamente, la maestría del artista que la utiliza–, la devuelve al pueblo que la asume como si fuera creación propia. Tal es la naturalidad y extraordinaria frescura y espontaneidad del habla de los personajes que pueblan los relatos de nuestro escritor. Como Cervantes, ha sabido combinar las diferentes parcelas de la lengua y proyectarlas hacia una ininterrumpida vocación de futuro”. “La lengua en Alonso Zamora Vicente”, *Al trasluz de un mago del idioma*, Madrid: Universidad Antonio de Nebrija y Fundación Vodafone, págs. 81-82.



En ocasiones nos adelanta la conciencia lingüística del hablante:

*Oiga, ¿eso está bien dicho? ¿Cómo que el qué? Lo de telúrica y así, (A traque barraque, pág. 16).*

En otras ocasiones, testimonia que el receptor oyente ha dicho algo que el público (el lector) no percibe pero que el emisor recoge y lo expresa:

*No sé por qué coño se ríe” “Sí, hombre, sí, ríase con ganas, fuerte. Así, (“Soltero, soltero”).*

*[...] Se lo tachan, hombre, se lo tachan, si lo sabré yo. Entre nosotros solo se pone en letras de molde la lengua más almidonada posible... [...] recóncholis lo puede usted escribir sin miedo a la censura, ¿no?... Pues entonces... venga, venga, póngalo..., (“Uno es generoso”).*

Las formas de expresión lingüística en la estructura dialogada, dramatizada en la comunicación de sus personajes, adquieren en su escritura una sistematicidad y expresividad sin precedentes en la literatura. El autor, a partir de los elementos populares de la oralidad del coloquio en la mayoría de las ocasiones, ha conformado una exigente realidad estética, una muy singular forma de escritura dramatizada en la que los lectores nos sentimos partícipes al servarnos de ella en nuestro diario vivir y, sin embargo, dicha escritura nos trasciende. Nos vemos imposibilitados de reproducirla en su integridad; el artista ha superado y transformado la realidad lingüística al tamizar y reelaborar el material mostrenco percibido<sup>20</sup>.

La pluma de Alonso Zamora Vicente nos describe al hombre en la calle, la anécdota más o menos encumbrada, la vida diaria de los hombres y mujeres que se asientan en la sociedad que se ha configurado desde la guerra civil hasta nuestros días, aquí, en España. A sus páginas se asoman el cura, el farmacéutico, la comerciante de barrio, la solterona, el médico, la viuda, el profesor, el mundo de los mayores y asilados; el taxista, el obrero, el artista de circo, el intelectual, el emigrante, el poderoso, el encumbrado en cargos oficiales, los jóvenes desnortados y urbanos del mundo del rock, de la droga, del papá aposentado... Y hasta, inclusive, AZV salta al ruedo, convocado por sus propios personajes:

*Hombre, ahora caigo. ¿Usted no conoce a ese Zamora Vicente, que escribe a veces en Ya, su periódico de usted? Pues a ese le sacaba yo de paseo, que en su casa no le aguantaba nadie, ATB, 188.*

---

<sup>20</sup> Las formas de hablar que discurren por sus páginas de relatos están impregnadas de modismos, de giros, de léxico, de expresivos recursos lingüísticos bien por su presencia o ausencia y de verbalizaciones atrevidas, característicos de la lengua más viva y consustancial al cuerpo social que la utiliza; es la lengua del pueblo que, debidamente tamizada –aquí, precisamente, reside la maestría del autor–, vuelve al pueblo para asumirla como creación propia. Los monólogos, soliloquios, de sus personajes son una delicia de creación artística que se nutren de los matices y características de los actos de habla para deleitarnos con una lengua espontánea, rica en inflexiones y viva en boca de sus personajes.

*Y ahora que caigo, dicen por ahí que ese jubilado, que se ha venido a vivir al pueblo, parece gente ilustrada, PF, 94.*

*...Y por encargo del jubilado ese que vive en la urbanización de La Granjilla..., TTG, 141.*

En su narrativa<sup>21</sup>, las personas de ficción, una vez que han empezado a actuar, a construir su vida y, por tanto, a adquirir su propia identidad, están gobernadas (al igual que ocurre en algunos personajes de Unamuno) por una lógica interna en la que el creador carece ya de poder para intervenir y puede, por tanto, verse increpado o invocado por ellos:

*¡Celebro encontrarte, caramba...! ¡Lo estaba deseando! Desde que leo tus cuentecillos en los suplementos de los periódicos, tengo un remusguillo que no sé. ¿Te das cuenta de lo que escribes...? ¡Si nos sacas a todos como grillas de baba, que nos hartamos de hablar y hablar y luego, ¿qué...?, en “Pedestre”, HVV, 199.*

Este proceso unamuniano de aparecer el autor dialogando con sus personajes o siendo el receptor de su mensaje, por iniciativa de ellos, se ha ido acentuando en la narrativa de AZV.

*“¡Estás aviado!”*

—le dice una de sus criaturas de ficción—

*Tus personajes ya no son tuyos, se han liberado de ti a fuerza de hablar, son ellos los que te arrastran, los que juegan contigo, en HVV.*

Una joven, deslenguada, sin darle opción a intervenir le espeta:

*¡A ver: así, sentadito. Verá que cacho entrevista le hago... A ver: usted nació en Madrid, ¿verdad? Es cosa que se echa de ver enseguidita... Entonces, ¿enemigo del bilingüismo...? ¿No? Pues sí que es usted raro. Es el primer tipo que me sale con esas. Aquí, todo quisque anda con el hacha vengativa detrás de la mano. ¿Qué no tiene usted hacha? ¿No pretenderá usted quedarse conmigo...? ¡No se las dé de guaperas...! Eso del hacha es una forma de hablar, que le dicen, o sea, vamos, una metáfora. ¡Hay metáforas por exageración, o sea, parábolicas...! ¡Ah, lleva usted más razón que un santo: hiperbólicas, “Entrevista modelo”, en La otra esquina de la lengua, pág. 208.*

Los personajes nunca se hallan solos, siempre aparecerán caracterizados por los diversos matices que conforman su vivir cotidiano: a veces puede que sea un bolso, un coche, una planta, un sombrero, o la forma de vestir, o la canción de moda o evocadora de una situación o de un tiempo ya pasado, o la piedra que por habitual en nuestra existencia no reparamos en ella, o el tren y sus estacio-

---

<sup>21</sup> J. Sánchez Lobato (2003): “Notas sobre la lengua en la obra literaria de Alonso Zamora Vicente”, pág., 806.



nes, o las romerías, las ferias y fiestas en torno al santo o en torno de la Virgen, o el heredado mantón de Manila, o los zapatos prestados, etc. Sí, pero, por encima de todo, hemos de destacar la sorprendente sensibilidad con que el narrador va moldeando, a base de insignificantes pinceladas o de sutiles anécdotas, la vida de sus múltiples personajes –toda la expresión de vida que alienta nuestra sociedad– por medio del mínimo rasgo específico que posibilitó su vivir (por su voz), y que desde el ahora temporal nos mediatiza con el fin de reconstruir la andadura personal y social del pasado<sup>22</sup>. Los personajes se caracterizan, se humanizan, no por el diseño que de ellos haga el narrador, sino por los accidentes que les ocurren: se incorporan a la vida, como en el Quijote, desde las vivencias propias. Por encima de planteamientos estructurales, su forma de hablar y su espontaneidad lingüística les insuflan el aliento vital necesario para encararse en la sociedad<sup>23</sup>.

Asistimos a una verdadera representación de la manifestación hablada desde los ángulos más expresivos: el español puesto en boca del pueblo, el asentamiento de los múltiples neologismos que han invadido parcelas, nuevas o añejas, de la realidad social española tanto desde la creación léxica del español como aclimatando a la lengua española innumerables extranjerismos, el lenguaje de las grandes solemnidades y la neología de origen político, el rasgo periodístico de la comunicación social en las grandes áreas temáticas, la parcela burguesa del mismo, el lenguaje juvenil, el de los mayores y los rasgos populares que han pasado al lenguaje común. En general, por sus páginas discurre el habla de las diversas capas sociales y culturales que configuran la realidad lingüística de la España de nuestros días<sup>24</sup>; el habla acompaña al personaje en su lugar y en su tiempo; por sus páginas discurre el español de los últimos setenta años<sup>25</sup>.

Es un habla total, sus recursos literarios sintetizan una gran diversidad de modelos lingüísticos –metáforas, jergas de todo tipo, modismos, madrileñismos, americanismos, arcaísmos renovados, afectación burguesa, cursilería ramplona, caló, además de sus propios e ingeniosos neologismos, abundancia de las deri-

<sup>22</sup> Antonio Viudas Camarasa (1989): “La novela *Vegas bajas* es una obra que no puede escribir más que una persona que conoce muy bien al pueblo español, los movimientos diarios, la conducta, las tradiciones populares, las fiestas, las canciones, la medicina popular, el cine de cartelera, los ruidos de la radio, las noticias de los periódicos y las imágenes de la tele, los problemas del gobierno, el cambio social y de mentalidad...”, “Teoría y praxis de la novela de Alonso Zamora Vicente”, *Anuario de Letras*, Vol., XXVII, Facultad de Filosofía y Letras, Centro de Lingüística Hispánica, México, págs. 191-246.

<sup>23</sup> J. Sánchez Lobato (1998): *Narraciones*. págs. 24-26.

<sup>24</sup> AZV (1983): “Quiero decir que en estas cortas miradas a la realidad próxima, no hay, por ejemplo, un héroe. Sí, he dicho eso: no hay héroe: No se va a encontrar un hilo, que ceñido a un personaje, nos lleve del prólogo al índice bajo el sortilegio de un ser excepcional, importantísimo o dotado de prodigiosos carismas. Aquí se habla tan solo de pobre gente, gentes anónimas, atropelladas, charlatanas, y, para mayor inri, algo dejadas de la mano de Dios. Ahí es nada, tan sólo voz, penuria lanzada al viento, escrita en el aire irrespirable de la precaria convivencia y dirigida a gritos a una formidable legión de sordos”, *Estampas de la calle*, pág. 8.

<sup>25</sup> “Por medio de la palabra –dice Víctor G. de la Concha (1991): “Prólogo” a Alonso Zamora Vicente: *Examen de ingreso. Madrid, años veinte*, Madrid, Espasa-Calpe, pág. 24– logra desenterrar la voz de la calle: Son voces porque brotan en un tiempo y un espacio revividos. Lejos de lo que pudiera ser la crónica sentimental de una época y más lejos aún del retablo costumbrista de cartón piedra”.

vaciones apreciativas— que, en un escritor de menor fuerza creadora, hubieran diseñado un mosaico abigarrado, discordante y torpe, pero que, en su prosa, alumbran un mecanismo lingüístico de extraordinaria concisión, vivacidad e ingenio. Su lengua es un caleidoscopio que nos descubre la lengua del coloquio en plenitud<sup>26</sup>.

#### 4. LO COLOQUIAL

La lengua viva<sup>27</sup>, espontánea, conversacional, oral, refrendada siempre en el coloquio es la que fluye con naturalidad y expresividad por las páginas de los relatos de Alonso Zamora Vicente<sup>28</sup>; pero la estructura del coloquio (emisor-receptor) en los cuentos de Alonso Zamora se convierte, con cierta frecuencia, en diálogo trunco ya que el emisor de la comunicación en la distribución de los turnos de palabra es a su vez receptor de la misma por lo que podemos colegir que dichos diálogos denotan una grave incomunicación social al interrumpirse la cadencia (pregunta-respuesta) del mismo:

*Quite usted, hombre, quite”. “Quite, hombre, quite usted”. “Mire, ya ve, ya me contará”. “Si lo sabré yo”. “¿Ve usted esa ventana baja, sí, hombre, la de la persiana rota? Sí, claro.*

Los personajes hablan conversacionalmente desde la estructura del coloquio y se dirigen ¿al autor?, ¿al lector?, o, quizá, a un personaje en la sombra, sin duda, a la colectividad española. Faltan, en sus narraciones, la organización del diálogo y su formalización escrita tal cual lo ha representado la literatura desde el Renacimiento hasta nuestros días; y, por consiguiente, para plasmar esa nueva realidad dialogada, Alonso Zamora Vicente recurre a una novedosa configuración de la escritura, al margen de los cánones académicos al uso:

*Eso del hacha es una forma de hablar, que le dicen, o sea, vamos, una metáfora. ¡Hay metáforas por exageración, o sea, parabólicas...! ¡Ah, lleva usted más razón que un santo: hiperbólicas...! ¿Sabe que me está dando en la oreja que usted no es un pardillo cualquiera? Ah, estudió en Madrid, en la Universitaria... ¿Antes de la*

---

<sup>26</sup> La voluntad de estilo, la soledad del escritor, la vida colectiva, el pueblo, la lengua de sus gentes, el tiempo, el perspectivismo lingüístico, las técnicas narrativas (monólogos, soliloquios, diálogos, etc.), todo ello se nos muestra bajo una admirable técnica en paralelo: por boca de Chucho (trasunto del autor) en *Vegas bajas*; en los demás relatos, el falso narrador a través de lo que dicen o no sus personajes, y tejiéndose en el propio relato:

“[...] Una novela donde la gente hable, sueñe, duerma, discuta consigo misma... Nada de esas páginas que leemos ahora, con diálogos admirablemente contruidos, sopesados, retóricos al fin y al cabo. No, en la vida se habla a borbotones, con lugares comunes, con silencios... Ah, los silencios... Los hombres no estamos aislados, no obramos con arreglo a una falsilla interior, sino que somos un conjunto, y de ese conjunto hay que hablar” (*Vegas bajas*, pág. 336).

<sup>27</sup> Tomo estas ideas de las páginas que escribí en (2007): “Aspectos de la cortesía verbal en la prosa de Alonso Zamora Vicente”, pág. 424.

<sup>28</sup> Sobre todo a partir de la publicación del volumen de relatos *A traque barraque*, 1972.

*guerra? Pues, oiga, para ser tan viejito se conserva usted bastante bien. Luego le haré algunas preguntas sobre su vida erótica, que, a su edad, ¿eh...?,* (“Entrevista modelo”, en *La otra esquina de la lengua*).

El emisor de la comunicación se dirige a un receptor universal, aunque en múltiples escenarios, esté individualizado, del que no se perciben de forma directa sus comentarios sobre lo que le transmite el emisor, ya que el receptor del mensaje, realmente, no interviene, pero sí se pueden captar sus opiniones a través de lo que nos va contando el hablante; el hilo de la conversación y su decurso lo lleva la “voz” del emisor. El receptor (lector/público del teatro) no interviene aparentemente en la conversación, pero el emisor lo tiene en cuenta como hecho del rumor y, por sus gestos en presencia, el emisor ha ido verbalizado su actuación en cada situación concreta de habla:

*No, no, de la guerra nada. Eso no me lo recuerdes”. “¿También este había escrito libros?... no conoces más que naipes del mismo palo”. “Ya veo que carburas”. “Anda, anda, lárgate con viento fresco, tú y tus historias de restitución, (“Uno es generoso”).*

E. Lorenzo apostilla<sup>29</sup> “[...] Pero a Alonso Zamora Vicente, que es hombre culto y ha leído a todos esos autores (Proust, Joyce, Faulkner) y a muchos más, le basta haber leído sus clásicos para saber que en el Arcipreste de Talavera ya aparece retratándose el español –o española– que no escucha, que se emborracha con las palabras, que sólo deja intervenir al interlocutor para cobrar aliento, si se terciá, o seguir una nueva línea discursiva”:

*(...) ¿Estábamos en el banco, no? De acuerdo. ¿A las nueve y media? A las nueve y media. ¿En el banco de la esquina de...? Oiga, oiga, aquí, ¿quién cuenta las cosas, usted o yo? Pues, entonces... (ATB, 147).*

*(...) Oye, oye, fíjate qué jaguar, ése, boba, ése ¡el encarnado! (ATB, 218).*

Los personajes se expresan según la forma de hablar del español –o española– de su tiempo, según la lengua española que ha acompañado a Alonso Zamora Vicente a lo largo de su vida desde tres vertientes: el español rural, el español de la corte –de las personas ilustradas– y el español de la calle, de Madrid. En las narraciones de AZV encontramos una prodigiosa síntesis del español coloquial<sup>30</sup>,

<sup>29</sup> (1974): “Alonso Zamora Vicente: “Uno es generoso”, *Comentario de textos* 2, Madrid: Castalia, pág. 252.

<sup>30</sup> Dice Salvador Gutiérrez Ordóñez: “Al acercarse a la creación literaria de don Alonso Zamora Vicente nunca deja de sorprender su decidida vocación de coloquialidad, su preocupación por reflejar la forma de comunicarse en el diálogo espontáneo en situaciones de informalidad. El fino oído que supo desarrollar como dialectólogo no se detuvo en la frontera de los fonemas, de las sílabas ni siquiera de las palabras. Pocos autores han sabido cultivar como Zamora Vicente ese extraño don de saber escuchar los melismas musicales del lenguaje oral, su fraseología y sus estructuras. Esa rara cualidad de saber separarse de la sustancia del contenido para detenerse a observar el medio, la estructura, la propia trama del lenguaje.

conversacional, según los diferentes registros idiomáticos de sus personajes. Una delicia escucharlos:

*¡Ay, don Vicente, ayayayay, que ha picado usted...! ¿Se da cuenta de que ha estado usted hablando lo mismito que sus personajes? Sin parar, fluencia sin diques, dándoles vueltas a los desencantos próximos y a las alegrías lejanas, sin descuidarse para nada de la peinada sintaxis del artículo, del libro, usted, académico... ¡Ha caído usted preso de sus charlatanes, mi querido amigo...! Al oírle, escuchaba yo a doña Amparo y su Cuarto Centenario, a Irenona, regresando fatigada..., en “Volver a casita, a pie que sea..., (Cuentos con gusano dentro, pág. 143).*

Sin duda estamos de acuerdo en afirmar que la lengua adquiere su dimensión cultural y comunicativa en el momento en que se socializa, es decir, en cuanto se inserta y vive en sociedad y en cuanto es vehículo de comunicación y, por consiguiente, se convierte en correa de transmisión lingüística y cultural para la sociedad que la habla en un determinado tiempo y espacio. Por ello, lengua y sociedad componen una relación básica para el estudio de la oralidad<sup>31</sup>.

*Coño, ¡qué hacéis aquí vosotros! ¿No habéis visto nunca un auto o qué? Pues, anda. Pero, ¡si está metido hasta los corvejones! ¿Es de usted? Sí, claro, ¡es de usted! Pero, ¿cómo coño se ha metido usted por aquí? Si el camino va por ahí arriba, hombre. Oye, lo mismito que el camión del otro día, ¿no os acordáis?, el que iba lleno de carbonilla. Pero, hombre, a quién se le ocurre, coño. Pues la ha hecho usted buena. Ahora, para salir de ahí... Si yo llego a estar aquí, usted no se hunde, porque yo voy y cojo unas gavillas de jara, de esas del horno, ¿sabe usted?, y voy y las pongo debajo de la rueda, y voy y les digo a estos: ¡Eh!, vosotros, todos a una, y voy y digo: aaa...úpa (“Con la mejor voluntad”, en *Desorganización*).*

E. Lorenzo<sup>32</sup> piensa que no se debe confundir ni equiparar la oralidad como base de la comunicación humana con lo coloquial; “lo coloquial es un registro más de la oralidad” y A. Briz<sup>33</sup> sostiene que lo coloquial, entre otras características, “es un registro al nivel de habla, que caracteriza las realizaciones de todos los hablantes de una lengua. No es uniforme, ni homogéneo y, además, de ser oral, puede reflejarse en el texto escrito. Aparece en varios tipos de discurso, si bien es en la

---

Don Alonso muestra línea a línea que en el fondo de la cóclea ha sabido anotar y memorizar las modulaciones, los giros, las expresiones, las interrupciones, la toma de turnos, las suspensiones, las metátesis y focalizaciones del código oral en lo que algunos autores han denominado la situación canónica de la comunicación. Es el contexto primigenio en el que dos interlocutores se encuentran cara a cara en un mismo lugar y tiempo intercambiando mensajes de forma espontánea”. En (2003): “Aspectos coloquiales en la narrativa de Alonso Zamora Vicente”, *Con Alonso Zamora Vicente*, Actas del Congreso Internacional, Alicante: Universidad, Vol. I, pág. 85.

<sup>31</sup> J. J. Bustos Tovar (1995): “De la oralidad a la escritura”, Cortés, Luis (ed.): *Actas del I Simposio sobre análisis del discurso oral*, Almería, Univ. Almería, págs. 11-28.

<sup>32</sup> E. Lorenzo (1977): “Consideraciones sobre la lengua coloquial. Constantes y variables”, R. Lapesa (coord.): *Comunicación y lenguaje*, Madrid: Karpos, págs. 165-180.

<sup>33</sup> A. Briz Gómez (1998): *El español coloquial en la conversación*, Barcelona, Ariel, pág. 40.

conversación, como uso más auténtico del lenguaje, donde también más auténticamente se manifiesta esta modalidad lingüística”<sup>34</sup>.

“Los relatos coloquiales de Zamora Vicente –dice Salvador Gutiérrez Ordóñez<sup>35</sup>– se concretan en interlocuciones presenciales, de carácter inmediato, dinámico, en las que los personajes toman el turno de una forma no preestablecida y que, en líneas generales, respetan los principios de cooperación y de cortesía que sustentan la conversación”.

Es un lenguaje impregnado de las inflexiones, el tono y las resonancias de la palabra hablada; al tiempo de leerlo sentimos la impresión de oírlo, de estar escuchándolo con el acento propio de cada interlocutor. Son las palabras y frases que se dicen en el español de su tiempo<sup>36</sup>.

## 5. PROCEDIMIENTOS LINGÜÍSTICOS

En “Aspectos lingüísticos en *A traque barraque*” y en “Notas sobre la lengua en la obra literaria de Alonso Zamora Vicente”<sup>37</sup> dejé constancia de los procedimientos lingüísticos más abundantes que aparecían por sus páginas desde la perspectiva del habla coloquial, a la vez que destacaba que el autor se mueve entre la posible fidelidad a la lengua hablada y su virtualidad estética que recrean una vía insuperable de modulación artística mediante la palabra. Ponía de relieve, asimismo, que Alonso Zamora Vicente ha preferido escuchar, matizar y crear modismos, expresiones y formas léxicas, a la par que ritmos melódicos y relaciones sintácticas –todo ello característico de lo que solemos denominar “coloquial”<sup>38</sup>– a reflejar perfectamente las

<sup>34</sup> Véase al respecto José Polo (1971-1978): “El español familiar y zonas afines (ensayo bibliográfico)”, *Yelmo*, 1-28.

<sup>35</sup> Salvador Gutiérrez Ordóñez (2003): “Aspectos coloquiales en la narrativa de Alonso Zamora Vicente”, *Con Alonso Zamora Vicente*, Actas del Congreso Internacional, Alicante: Universidad, Vol., I, pág. 88.

<sup>36</sup> “La lectura de la obra de D. Alonso –dice Miguel Á. Rebollo Torío– lleva, en un primer momento, a la sensación de que escribe como hablan las personas “normales”, las de la calle. Sus relatos parecen transcripciones sacadas de diálogos. De hecho, los textos no tienen la estructura formal del diálogo, sino la más corriente, vulgar y simple (en apariencia) que corresponde a las personas que hablan, se interfieren, se interrumpen sin pensar en que nada más se interponga en ese fluir conversacional. D. Alonso ahonda en esa impresión con sus puntos suspensivos, sus signos gráficos de admiración, las preguntas, muchas de ellas retóricas, propias de ese lenguaje hablado”. En (2003): “Recursos lingüísticos cultos y populares *Cuentos con gusano dentro*”, *Con Alonso Zamora Vicente*, Actas del Congreso Internacional, Alicante: Universidad, Vol. I, pág. 353.

<sup>37</sup> Jesús Sánchez Lobato (1988): “Aspectos lingüísticos en *A traque barraque*”, “Notas sobre la lengua en la obra literaria de Alonso Zamora Vicente”, en *Homenaje al profesor José Jesús de Bustos Tovar* págs. 805-821.

<sup>38</sup> En dicho trabajo tuve en cuenta las aportaciones de: W Beinhauer (1968, 2ª edc.): *El español coloquial*, Madrid, Gredos; R. Lapesa (1977): “Tendencias y problemas actuales de la lengua española”, *Comunicación y Lenguaje*, Madrid: Karpos; Emilio Lorenzo (1977): Consideraciones sobre la lengua coloquial (constantes y variables)”, *Comunicación y Lenguaje*, Madrid: Karpos; Emilio Nánuez (1973): La lengua que hablamos: creación y sistema, Santander: Bedia; José Polo: “El español familiar y zonas afines”, *Yelmo*, núms. 1-32; M. Seco (1970): Arniches y el habla de Madrid: Madrid Alfaguara; (1973): “La lengua coloquial: entre visillos”, *El comentario de textos*, 1, Madrid; Castalia y (1977): “El léxico de

incorrecciones de la lengua, no solo desde una perspectiva fonética, morfológica, sintáctica y léxica, sino diatópica, y él lo hubiera podido llevar a cabo certeramente, como es de todos conocido.

De ahí –suscribimos las palabras de Emilio Nájuez<sup>39</sup>– “que su mérito es doble cuando eleva a categoría estética la lengua del pueblo, condensándola y depurándola en el nivel de su expresión popular, aplicándola en cada caso concreto con toda propiedad, para lo cual hay que someterla a cuidadoso análisis y mantenerse de ella a cierta distancia, para separar lo chabacano de lo popular, lo obsceno de lo natural, lo impropio, en una palabra, de lo que es propio, espontáneo, fresco y jugoso”.

Los principales procedimientos lingüísticos, que en dicho trabajo resaltaba, eran:

a) *Iniciación al diálogo* por medio de recursos que preceden de manera inmediata a cualquier comunicación por parte de uno u otro interlocutor, además de los giros con que se entabla una conversación, considerada ésta como un todo; por medio del vocativo que, al perder su significado originario, puede aplicarse en general a toda especie de seres vivos: “Hombre, delante de usted... Pero, a lo que estamos” (ATB, 9); “Y dale pero, oiga, a ver, usted, don Alfredo, usted, ¿no es aquí el jefe?” (ATB, 52), “Mira, Cuca, hija, ponte así, anda, so boba” (ATB, 163).

Asimismo, hemos de tener en cuenta en la *iniciación al diálogo* los llamados imperativos sensoriales y, en cierta medida, los intelectuales que tienden a involucrar al interlocutor en el diálogo (bien sea real o fingido) sin esperar una respuesta y la interrogación retórica: “Decían que era el hijo del dueño de una cafetería, ¡ay!, no sé cómo no le hiciste caso. Ahí es nada, una cafetería, figúrate” (ATB, 211); “A cada cual lo suyo, ¿no verdad?, su obligación era callarse, como hicieron otros muchos, y han prosperado luego a base de bien” (ATB, 34).

b) *Encadenamiento entre habla y réplica* en donde se destacaba más la forma de lo que se oye que el contenido al tender a escuchar de manera concreta y precisa las palabras del interlocutor: “Con decirle que en un discurso de Navidad el Excelentísimo señor gobernador aseguraba que aquel vino era descendiente directo de Noé ¿Cómo que qué vino? ¡El de Noé!” (ATB, 23); “¿Qué mira usted ahí? Yo no miro al techo (ATB, 28).

En la estructura del coloquio son básicas las fórmulas de *reafirmación*<sup>40</sup> que intentan imponer al oyente las opiniones o creencias del emisor, aunque, a veces, su empleo responde a simples llamadas de atención para que reaccio-

---

hoy”, en *Comunicación y Lenguaje*, Madrid: Karpos; Ana María Vigara Tauste (1980): *Aspectos del español hablado*, Madrid: SGEL, entre otros.

<sup>39</sup> Emilio Nájuez (1982): “La lengua del coloquio. Procedimientos expresivos: el diminutivo en “Mesa, sobremesa” de Alonso Zamora Vicente”, Madrid: Coloquio.

<sup>40</sup> A. Briz Gómez (1998).

L. Cortés Rodríguez (1986): *Sintaxis del coloquio (Aproximación sociolingüística)*, Universidad Salamanca.

L. Alberto Hernando Cuadrado (1988): *El español coloquial en el Jarama*, Madrid: Playor.



ne el oyente. Entre ellas, destacamos por su frecuencia: las *autorreafirmativas en primera persona* por las que el hablante asegura enfáticamente lo que dice y piensa: *te/se lo digo yo, lo que uno dice, lo que yo digo, lo que diga menda, pienso yo, creo yo, me parece...* Cuando el hablante titubea por no hallar la palabra adecuada, aparecen: *cómo te diría yo, no sé cómo decirte, como si dijéramos...*: “Hay que tener siempre aires modernos para que estos catetos piquen, hombre, cómo te lo diré yo” (MN, 26); y las *autorreafirmativas en segunda persona* que implican directamente al oyente en el mensaje emitido. Son las llamadas falsas interrogaciones que mantienen en tensión al interlocutor: “Yo no tengo exigencias, eso sí: la carne, a la plancha, hasta ahí podíamos llegar. Me gusta poco hecha, ¿me comprende? El fuego mata las vitaminas” (MN, 42).

Otras veces dichas estructuras adoptan intencionalidad de mandato y conllevan, además de una función apelativa, un énfasis en la enunciación: *entiéndame, date cuenta, figúrese, fíjate, dígame usted a mí, tú dirás, usted me lo dirá, ya sabes, de sobra lo sabes, ya lo decía mi abuela...*

Las formas de *imperativo* que incitan al oyente, al tiempo que comportan un estímulo para el emisor, que, a su vez, apoyado en ellas, gana el tiempo necesario para la organización de su discurso, son abundantes: *oye, escucha, oiga, mire, mira, anda, venga...*: “¡Eso, eso! ¡Eh, todos, vosotros acercaros, que vamos a cantarle a Chucho algo de despedida...! ¡Vamos, venga, vamos...!” (VB, 531).

Los *conectores* como formas discursivas, a veces, prescinden de sus valores gramaticales concretos y adquieren valores expresivos y estilísticos<sup>41</sup>.

*Pues* al inicio del diálogo marca un apoyo conversacional: “Pues ahora que hablas de dientes, fíjate...” (HH, 183), otras veces, establece el entronque entre habla y réplica: “Pero, desdichada, ¿qué pueden enseñar a tus chicas esas impías? –Pues, ¡mucho! ¡Ya ves tú lo que son las cosas!” (BP, 79).

En otras ocasiones, sirve para superar las vacilaciones expresivas que amenazan la fluidez de la enunciación espontánea: “¿Es verdad lo que dice Juanjo, Chucho? –Pues, hombre, sí. Y ve usted” (VB, 118).

Muy frecuentemente, *pues* precede a los adverbios *sí* y *no*: “Pues sí, pues no señor. Pues sí, señor, sí, ya lo sé. A ver si se cree usted que uno es idiota, pues anda” (ATB, 87).

*Pero* se convierte en ocasiones en partícula expletiva: “Pero, niña, hay que aguantarse, qué le vas a hacer” (MN, 31). En ocasiones, precede a preguntas con finalidad enfática: “Pero, ¿qué se habrán creído...? (VSR, 211); igual función aparece en: *pero +que +muy adjetivo*: “...por eso estoy pero que muy llena de alegría” (MN, 168).

Y, aparte de su valor concreto, marca la ponderación e introduce oraciones interrogativas: “¡A ver si vienes pronto, galopín...! ¡Y no piques tanto, vas a criar lombrices...” “Y, ¿por qué dejó el oficio?” (D, 190). Destaca, también, en las fórmulas de conclusión de la enunciación, en donde, además, enfatiza la

<sup>41</sup> “El hablante emplea espontáneamente en su conversación los recursos que la lengua le ofrece...”, Ana María Vigara Tauste: *Morfosintaxis del español coloquial*, pág. 123.

propia opinión: y *sanseacabó*; y *punto*, y *punto en boca*; y *ni una palabra más*; y *dicho queda*; y *aquí paz y después gloria*; y *pare usted de contar*; y *Santas Pascuas...*

Que suele encabezar respuestas, aunque refuerce un enunciado afirmativo o negativo, y, en ocasiones, exprese matices desiderativos y exhortativos: “Que no, hija, que no, que aquí hay que espabilarse, que las cosas han cambiado mucho, te lo digo yo” (MN, 26).

“—¿Cómo dices...? ¿Al revés...?”

— Que vamos al revés... (HVV, 134).

Entre las fórmulas de la *afirmación*, destacamos las estructuras de: *Sí + vocativo* (*hombre, mujer, señor, hijo, niño...*); *Sí + vocativo + sí* (*sí, hombre, sí*); *Sí + adjetivo + sí + adverbio o forma oracional* (*Sí, claro, sí, lleva usted razón: sí es cierto lo que usted dice, vaya si lo es*); *Que sí + vocativo + que sí* (“—Que sí, mujer, que sí, que se case. Nadie más que ella lo va a pagar” (VB, 506); *Adjetivo o adverbio + que + sí* (*Claro que sí, seguro que sí, cierto que sí, naturalmente que sí...*); *Interjección + sí* (*Ah, sí, ya caigo*); *Iteración de sí* (*Sí, sí, sí, sí, sí...*). Y, por supuesto, *desde luego, muy bien, de acuerdo, perfectamente, exactamente, naturalmente* (“desde luego, Lorenza, desde luego”).

También son muy empleados ya (*ya lo veo, ya lo sé, ya lo entiendo*), *claro* (*¡Claro, claro!, pues claro, claro, mujer*), *a ver, vale, eso, ya lo creo*, y (*ni*) *que lo digas* y, por supuesto, la acumulación de elementos lingüísticos: “Claro, sí, señor, sí, claro, eso es, los estampidos y las explosiones fueron resquebrajando la casa” (VSR, 201).

Más aún que la *afirmación*, la *negación* ha desarrollado en la lengua coloquial una gran variedad de posibilidades formales: *No + ni* (*no quiero ni pensarlo, no quiero ni acordarme*); *No + otras expresiones negativas* (*no de ninguna manera, no, no, de ningún modo*); *No + vocativo + no* (*no, hombre, no*); *Que + no* (*que no, hija, que no; que no, vamos, que no*); *Adverbio o adjetivo + que + no* (*naturalmente que no; claro que no; eso sí que no*); *No reiterado* (*no, no y no*); *Ni siquiera* (*ni siquiera se lo creyó*); *Ni + sustantivo o infinitivo* (*ni palabra, ni pensar*); *Ni + subjuntivo* (*ni que fuera usted alguien; ni que fuera tonto*); *Qué... ni qué* (*qué fiesta ni qué niño muerto; qué pobres ni qué narices; qué loca ni qué niño muerto*).

*Nada, nadie, tampoco, nunca, jamás, ¡ca!, ¡quíá!, ¡qué va!, ¡quita!, ¡quite usted!, ¡naranjas!, ¡nanay!*, además de frases hechas (*ni por asomo, ni en sueños*), fórmulas acumulativas (*¡quite usted! , qué va, no, no, qué va, ni qué niño muerto*), son algunas muestras de la enorme cantidad de recursos que el autor pone en boca de sus personajes para conseguir la ponderación en la negación.

La expresión de la idea superlativa viene expresada por medio de adjetivos como *fantástico, fenomenal, genial, sensacional*, o por medio de la estructura: *artículo + muy + adjetivo* (*el muy cabrón*).

c) *Expresión afectiva* que refleja el afán del hablante por influir de un modo concreto sobre el interlocutor, procurando interesarle para imponerle todo su yo, impregnado no solo de acciones, sino de sentimientos e, incluso, de impulsos volitivos: “Y mucho, mi niña, hay que cuidar esta cinturita, mi niña, ¿eh?, vaya por Dios,

has engordado en una semana, hijita...” (ATB, 10); “Y mi Facundo, mi hombre, quién va a ser Facundo” (ATB, 42).

Abundan en la modalidad expresiva, asimismo, construcciones enfáticas que indican ironía: “¡Bueno es el niño para obedecer!”, “¡También tendría gracia!” (ATB, 53); fórmulas que conllevan significado y, por su carácter, no sólo ofrecen en él la cualidad, sino también la gradación cuantitativa implícita de esa cualidad: “Que para qué, que vaya, que bueno, que válgame Dios”, “Que para qué le voy a contar”. (ATB, 156); formas negativas intensificadoras: “¡Qué va! ¡Ni media palabra!”; expresiones de cantidad e intensidad: “La mar de emocionante”, “menudo calor”, “¿A dónde vamos con tantísimo?” y expresiones reiterativas intensificadoras: “Llora que te llora”, “Dale que dale” (ATB, 35).

d) *Economía y comodidad* que tienden a eliminar todo elemento superfluo que se considere no estrictamente necesario para la buena comprensión del mensaje y que dan lugar a abreviaciones argóticas de los nombres de pila: “Todas mis alumnas son testigos. Tú, Fifí; tú, Cuquí; tú, Lines...” (ATB, 68), y, además del apócope (Rufo, profe, porno, progre), a diferentes procedimientos entrecruzados en la expresión de la impersonalidad: “Como no entiende uno..., al principio no se entiende ni jota, y, a ver, te engañan...” (ATB, 56). Y a las fórmulas pleonásticas (ya lo creo que cuesta, ya lo creo que lo vamos a tener): “Se me antoja que te estás saliendo del tiesto y vamos a tener lío, ya lo creo que lo vamos a tener” (VB, 25).

Los procedimientos expresivos referidos a la *economía y comodidad* en el empleo del lenguaje pueden quedar ampliados con el uso de los *etcéteras* y los *puntos suspensivos*; así como con el procedimiento de *ruptura* de refranes y *frases hechas*: “Y que si patatín y que si patatán y que si fue y que si vino” (ATB, 141); “Quien te quiere a ti, cachorrillo mío, y etcétera, ya sabe usted, filfa todo, porque es feo con avaricia, ¡y con una uva...! (ATB, 120); “Supongo que usted conoce el refrán: Marzo ventoso... Bueno, menos mal” (ATB, 137). También hemos de destacar las enumeraciones como respuesta a la necesidad que el hablante experimenta de evidencia gráfica porque no se quieren concluir o precisar aspectos de la conversación: “A viajar, que si museos, que si congresos, que si banquetes... Bueno, fetén, fetén” (ATB, 213); “Oiga, ¿usted cree que allí, bueno, usted me entiende dónde, la Petronila seguirá asando castañas, y el canelo vendrá por las noches a la manta, y habrá un sitio para los republicanos como el sanabrés, y venga, y venga, y venga y dales...? (ATB, 207). Y las comparaciones populares y festivas tomadas del habla popular: “Está más tocada que la Comparsita” (VB, 113), “... más flaca que la cuerda del tendero” (ATB, 106), “... más sordo que el caballito de la Plaza mayor” (MN, 10).

Y e) *Léxico*<sup>42</sup>, y *frases hechas* como elementos caracterizadores de rasgos coloquiales altamente expresivos.

<sup>42</sup> JSL (2003): “Notas sobre la lengua en la obra literaria de Alonso Zamora Vicente”, págs. 816-818. A vuelo pluma transcribo una pequeña muestra de voces y expresiones que esperan su inclusión en el diccionario académico:

Son abundantes los modismos, refranes y locuciones claramente identificadores de una cierta cultura popular muy arraigada en los pormenores de la vida: “Aquellas gentes eran capaces de comerse a Dios por los pies” (ATB, 160); “Fíate de la Virgen y no corras” (ATB, 153); “Mire, yo ya soy perro viejo, y más sabe el diablo por viejo que por diablo” (ATB, 176); “Donde Cristo dio las tres voces” (ATB, 186); “Sin faltar, ¿eh?, sin faltar, tengamos la fiesta en paz (ATB, 90); “Dentro de cien años todos calvos” (ATB, 155); “Eso se llama el jornal en toda tierra de garbanzos” (ATB, 143); “Ahora se cae usted de la higuera” (ATB, 153); “No crea que esto de ir a pie era moco de pavo” (ATB, 105); “Porque en su vida las ha visto más gordas” (ATB, 64); “A ver, no va a encontrar quien cargue con ella (ATB, 146).

Es digno de ser destacado, en aras de una mayor expresividad fuertemente enraizada en la cultura popular, el truncamiento de refranes y modismos sustituyendo el segundo elemento bien por puntos suspensivos, bien por el etcétera,

---

*Aceitunas* (cambiar el agua a las...), “Aún por el camino adelante (...) el griterío dominaba el ruido de las meadas (...) Cambiaban el agua a las aceitunas...” (VB, 442).

*Achantar la muy*, “(...) Vete arreando y achanta la muy, joder con el niño que no se calla ni para un remedio...” (VB, 164).

*Ambolique*, “No me ambolique ni me confunda” (ATB, 114).

*Andova*, “¿No oye usted a este andova?” (ATB, 172).

*Beatas*, “Buenos están los tiempos para despilfarrar las cuatro beatas del cine” (ATB, 88).

*Bravas* (por las...), “-Yo no quería decir tanto -Pues ya ve, don Nicolás, yo sí. Aquí todo lo hemos resuelto por las bravas” (VB, 126).

*Cacao*, “Sí, hombre, sí, ya le he dicho que no nos quedó nada después del cacao aquel” (ATB, 205).

*Cutis*, “Pues yo le visto presentando los documentos de marras, y, usted me dirá: Ni una póliza. Hace falta cutis para pedir algo así” (ATB, 271).

*Chalupa*, “Pero a ver, qué va a pasar, de algún sitio tenía que salir el comer caliente, (...) el padre en la cárcel por rojillo y la madre medio chalupa de tantas penas” (MS, 55).

*Chulangas*, “Pero me hizo pupa el que, después de todo eso, ahuecara el ala muy peripuesta con un fulano flacucho y talludón, (...) un chulangas, vamos...” (MN, 150).

*Enfurrño*, “Ya se le había pasado el enfurrño” (ATB, 47).

*Entromparse*, “Cómo que qué pasó, anda, este, ahora sales con esas... Pues, darling, que se entromparon y se tuvieron que quedar a dormir allí...” (MN, 54).

*Furucar*, “Sobre todo, nada de helados, que además le furacan los dientes, angelito” (ATB, 89).

*Jol*, “Eso de jol se escribe hall” (ATB, 129).

*Morrá*, “Aquí va a haber alguna morrá que se va a caer el cielo” (ATB, 132).

*Pachasco*, “Pachasco, hombre, pachasco” (ATB, 125).

*Pringarla*, “(...) ¡No vayamos a pringarla, don Boni, Hágame el favor...!” (EI, 36).

*Prontos* (tener sus...), “¡Las mujeres tienen unos prontos! Nunca se sabe” (VB, 169).

*Quemado* (estar...), “En cambio el chico... Eso era otra cosa... Estaba muy quemado por las indirectas de la gente” (VB, 296).

*Recochineo*, “Pues el Pepe, dale, con mucho recochineo” (ATB, 80).

*Ruedas* (ir sobre...), “(...) y así, haciendo copias, con cambiar la fecha va todo sobre ruedas” (ATB, 72).

*Soleche*, “Cállate, soleche” (ATB, 167).

*Tirarse*, “Ahí donde lo veis, (...) estuvo tirándose a la muchachita aquella de contabilidad todo el año, de bóbilis bóbilis, hasta que el novio se enteró” (MS, 54).

*Trajinar*, “Si al menos pudiésemos avisar a mi mujer, que le trajina mejor que yo” (ATB, 87).

*Vainas*, “Lo mismo que todos esos vainas melenudos” (ATB, 190).

*Zapatiesta* (armarse la...), “Yo tenía diez y seis años cuando se armó la zapatiesta. Yo iba a los bailes del casino de Labradores, y se cantaba eso” (VB, 127).

bien con otro elemento ajeno a la estructura del mismo, o por modismos de cuño tradicional: “No hay mal que etcétera” (ATB, 19); “Ya lo dice el refrán. A carnero regalado, frénale el diente. Oiga, no sea panoli, a ver si usted se cree que yo no sé cómo es el refrán de verdad” (ATB, 160); “Y que además todo eso es agua pasada, molino muerto” (ATB, 150); “Hágame usted mucho el favor de largarse a hacer puños para hoces (ATB, 189); “Pero, niña, que te frían un barreiros” (ATB, 193); “Ya lo dijo el poeta. Puesto que la vida son los ríos y lo que sigue, a jorobarse tocan, sí, señor” (ATB, 20); “O se hace premio Nobel o se va uno a hacer gárgaras con vitriolo” (ATB, 131); “El vivo al bollo y el muerto río abajo” (VB, 39).

Los Modismos refranes y locuciones, al ser una manifestación directa, auténtica y espontánea del sentir popular, reflejan y perpetúan el saber del pueblo, adaptándose plenamente a las circunstancias del habla diaria. Por ello son tan abundantes en la obra de AZV, aunque aparezcan en menor proporción que las locuciones que sirven para reorganizar el diálogo: *de butén, de extranjis, a tutiplén, ser un petardo, estar en la luna, hacer fosfatina, hacerse el longuis, traer cola, tragar bilis, caer en la higuera, hacer la cusquí, de chipén, de padre y muy señor mío, de película, alma de cántaro, o séase que se sea, y tal y tal y tal, ¡hasta ahí podíamos llegar...!, ¡ vamos, hombre, vamos, a mí me lo vais a contar...!, y de todo de todo de todo...*

Es importante, asimismo, resaltar un buen número de fórmulas necesarias para la organización de la comunicación que se prestan para la interacción social y cumplen funciones específicas en situaciones predecibles: “¡anda ya!, ¡estaría bueno!, irse al cuerno, irse a paseo, irse a freír espárragos, lo que oyes, dicho se de paso, vamos, digo yo, ¡hasta más ver...!, ¡quita, hombre, quita, pues sí que...!, o sea, a ver, ¡ si no lo veo, no lo creo...!, ¡verdad que sí?, ¡ni por esas...!, ¡no es verdad, usted?, ¡no verdad?, que, no me digas, si lo sabré yo...”

En cuanto al léxico, es justo destacar la variedad y riqueza expresivas. Es un léxico común que ha trascendido del ámbito urbano para hacerse patrimonio de todos, sin distinción de lugar. El campo semántico del insulto se dirige al mundo animal: (le chuzo, BP, 84; grullos, TD, 68; foca, MN, 29); al campo de las capacidades intelectuales: (majadero, SR, 24; idiota, SR, 45; pánfilo, MS, 122); al campo de los valores humanos: (harpías, BP, 24; rojazo, SLC, 132; fascista, MS, 79); y hacia aquellos que intentan resaltar la fealdad física: (cegata, BP, 22; napias, VB, 90).

Las formas *ofensivas o injuriosas* pueden aparecer reforzadas con *so, cacho, pedazo, menudo, grandísimo...* (“So mandria”, HVV, 188; “so boba”, VB, 107; “¡A ver si os estáis quietecitos, so plastas...!” VB, 101, “cacho cabrones”, MS, 122), y, por supuesto, con el intensificador *qué o vaya*: (“¡Qué burra, cielos!” TD, 30), con el artículo *determinado + muy*: (“El muy cabrón me ha puesto en la dedicatoria de su libro unas palabras cariñosas”, MS, 56), con el *adverbio apocopado tan*: (“Son tan bestias, las pobrecitas”, BP, 18), o, también, con un *adjetivo*: (“Buen gilipollas”, MS, 55).

El *apodo* está presente como un exponente más de la forma de hablar de sus personajes: (“Salustiano, el canastas”, D, 26); (“Cantipalos, el tuerto”, ATB, 207).



## 6. OTROS RECURSOS

He estudiado la *elipsis*<sup>43</sup> porque su presencia obedece tanto al deseo de economía lingüística como a un cierto interés expresivo; en todo caso cumple una función enfática: “Pues deje usted a estos y tome a la chiquilla. Se me casó el 38 (años), tenía 18 auestas” (MPN, 188); “Anda, que no meten bulla ni nada (que digamos)” (HVV, 39). Y, asimismo, la *construcción suspendida*<sup>44</sup>, de manera singular, cuando va seguida de estructuras lingüísticas interjectivas o interrogativas: “La mía es más...más... ¿Cómo se lo diré...?” (HF, 184); “Y unos salones... ¡Dios qué salones...! No faltaba detalle” (HVV, 49);

“Nosotros hemos tenido siempre deberes inacabables, afrentosos deberes, es cosa que les debe pasar a todos los vencidos... ¿Sabes?” (SLC, 150).

Los procedimientos lingüísticos propuestos son novedosos y variados, y engloban desde los puramente léxicos<sup>45</sup> hasta los que se basan en mecanismos sintácticos: “(...) Usted puede decir lo que le dé la realísima gana, pero en este caso (...), así que vaya usted mucho con Dios y déjeme que yo hable como quiera” (MN, 105).

La *repetición*: “-¡Machorra! Ya lo decía yo. Machorra, machorra, más que machorra...” (HVV, 126); “Coño, coño, coño... Pues este tío está preocupadísimo. Total que a mí me parece muy bien todo esto, pero que muy bien...” (ATB, 39), “Que te engrasen, hombre, que te engrasen, guaperas, canijo...” (VSR, 223) y la *lexicalización* de siglas y de marcas comerciales (*Me tuve que venir en Renfe o sea en tren; Ella se contoneaba como una camioneta de reparto, una de esas dekaupes; Nos fuimos en un sincamil*) son frecuentes en el habla de sus personajes. A estos hay que añadir recursos estilísticos<sup>46</sup>, tan notables en la prosa de

<sup>43</sup> Ibídem, págs., 808 y sgs.

<sup>44</sup> Antonio Narbona dice que: “la suspensión de muchas frases no obedece, como es lógico, a una voluntad de ahorrar esfuerzo lingüístico alguno, sino a una clara finalidad expresiva”, “Problemas de sintaxis coloquial andaluza”, *RSEL*, 16, 2, Madrid, 1986, pág., 248.

<sup>45</sup> Manuel Casado Velarde (1985): “El léxico como factor conformante del discurso narrativo: Mesa, sobremesa”, en *Tendencias en el léxico español actual*, Madrid: Coloquio. “Una lengua en la que conviven el término culto, de sabor intelectual, y el popular o rural; la vieja voz familiar y el neologismo estudiantil cheli; el vocablo hondamente arraigado en el solar del idioma y el extranjerismo importado ayer; la palabra malsonante y el eufemismo”.

<sup>46</sup> El empleo del gerundio, tan original en AZV, confiere a su estilo un carácter impresionista y una extraordinaria musicalidad a su prosa. En ésta escasean los verbos en forma personal y, sin embargo, abundan las oraciones yuxtapuestas –no la subordinación– y las oraciones asindéticas en las que la acción se insinúa infinidad de veces a través de gerundios y participios de acción lenta y durativa. Las pinceladas de color, de sonido y de imagen quedan perfectamente dibujadas por el gerundio: “Las verjas de un parque, hojas doradas y cayendo...” “Oxidada pesadumbre, y el olor de la leña enmohecándose en lo oscuro” (SL, 75).

Digna de ser destacada es la técnica impresionista, magistralmente elaborada, que estilísticamente el autor resuelve mediante el procedimiento de una medida economía verbal que suple por medio de sintagmas nominales y, en particular, por el uso del gerundio: “Repentina inmersión en la vitalidad bullente de Smith y Ramírez, S.A. (SyR, 111); “Solamente ella, en el total gris rotundo del amanecer, va hacia Smith y Ramírez, S.A., y temblando.” (SyR, 107).

Son ilustrativas las diferentes formas de adjetivación (“silencio delgado”, “primera luz cobarde”). Adjetivación que conduce a felices sinestesias (“un humo sucio y maloliente, agrio”), que describe asocia-



AZV, como el empleo del *gerundio*, la *adjetivación* y la abundancia de morfemas *apreciativos* que confieren a su prosa una peculiar caracterización en línea con el español de la calle.

## 7. LA CREACIÓN LÉXICA

La abundante derivación sufijal, que encontramos en los relatos de AZV, refleja la tendencia expresiva e impresiva del lenguaje familiar y juvenil en la expresión oral: *ardimiento*, *autobusero*, *arrascadera*, “Se disfrutaron una arrascadera” (EPD, 56); *bizqueras*, *cagalancia*, *calentorro*, *capitoste*, *chilloteos*, “¡Venga chilloteos a favor del Real Madrid, etecé...!” (EPD, 27); *chuscada*, *coleros o colistas*, “El diablo de la ventanilla suele conocer a todos los coleros o colistas, o como se llamen” (EPD, 23); *gafosa*, *jipíos*, *jovenzanos*, *madrileñez*, “madrileñismos sería otra cosa” (CGD, 6); *mandamases*, *marmotería*, *mearrera*, *monises*, *montaneriza*, *muslamen*, *parloteo*, *pendonaria*, “metido de hoz y coz en la pendonaría” (EPD, 28); *pobretos*, *porracera*, “Se atizó la gran porracera”, (EPD, 56), *repajolero*, *sesera*, *tetamen* (*espetera*, o *mostrador*, o *tetamen*, CGS, 33); *tiesura*, *tristura*, “Fue una gran tristura” (EPD, 57); *vejeces*, *vejestorio*, *verrugoso*, *viejales*, *vivales*, “Las fuerzas vivales de la ciudad” (EPD, 41).

El lenguaje de los jóvenes y de la oralidad popular, en una sutil mezcolanza de lo coloquial con lo cheli, con lo caló y con las diferentes jergas lingüísticas urbanas, está ampliamente representado y ello acarrea multitud de términos, cuya originalidad creativa y expresiva aparece circunscrita a una determinada forma de hablar: *canguelo*, *canguis*, *carcamal*, *cascar*, *chirona*, *chollo*, *chorras*, *chulangas*, *comi*, *cuatromil*, *cubata*, *currante*, *currelo*, *demasié*, *despiporren*, *diñar*, *engañifa*, *espichar*, *gachó*, *mieditis*, *mollera*, *morros*, *naturaca*, *parida*, *pasma*, *pastizara*, *paseatas*, *patatús*, *pelu*, *pesquis*, *poli*, *tiberio*. En dicho sentido hemos de interpretar las abundantes creaciones léxicas: *alabancioso*, *andancio*, *archipe-rres*, *arrascadera*, *asesora-barragana* (“de un cardenal”, EPD, 40); *atontolina-da*, *bebecua*, *bullarengue*, *camelancia*, *cancamurria*, *carcundoideo* (MSM, 155); *catastrofilia*, “Voy a apuntar en mi cuaderno de originales que catastrofilia significa amor al catastro, y no es lo que quise decir, aunque es también otra catastrofe” (EPD, 91); *chichinabo*, *chupóptero*, *chuscada*, *clamoreo* (“de las mamás”, EPD, 45); *comistraje*, *diezduros*, *erreipe*, *escachifollar*, *escandalera*, *etecé*, *euro-*

---

ciones inusuales (“tango insidioso”), que aventura imágenes novedosas: “...Y mi sonrisa cómplice se queda apretada en la mano donde estaba el avión, una vertical sonrisa completándose” (SyR, 11).

La conceptualización estilística de Zamora Vicente funde espléndidamente la innovación –bien perceptible en la forma y en el fondo de sus relatos– con la mejor tradición de nuestros clásicos (la Picaresca, Lope de Vega, Quevedo, Cervantes). Dicha síntesis proyecta en la obra literaria una amplia panorámica de la vida actual de España en la multiplicidad de sus aspectos: el día de hoy y la retrospección histórica, el acaecer cotidiano y el acontecer político, destinos humanos y el destino del país. *Sus cuentos* –dice Santos Sanz Villanueva (1984)– *poseen un inconfundible acento personal que es el resultado de una determinada visión del mundo*. En *Historia de la literatura española 6/2. Literatura actual*, Barcelona: Ariel, págs. 145-146.

*pijos, faraonismos, gringadas, husmacha* “...con una husmacha a incienso” (EPD, 35); *jorobancias, juanlanas, lenguaracha, liricoide* (MSM, 113); *luzbelicosa, manderecha, manía retro, maricoide* (MSM, 61); *montaneriza, mozallones, obusismos, paginario, pantanoide, pelambrusco, politicastro, polvorista, pro-gretarravascoide* (MSM, 33); *putaestrasse, sonseras y memarrerías* (“de la tele”, EPD, 37)<sup>47</sup>; *tafanario*, “Le pinché en el tafanario varias veces” (EPD, 93); *tantalicio* (“o sea, el suplicio de Tántalo, CGD, 32); *tercorro, tontera, vascotarra, zorritontos, zurripandas*.

Y, por supuesto, los términos foráneos que se han adaptado gráficamente a la pronunciación española: *butís, britís* (prospecto de la...); *casetes, casting, clús, darling, fáter, jipi, jolibú, jol, lomplei, metre, ofís, rendibú, tés*, (frente a *tests* “preguntitas del tés o como se diga” (MS, 157); *uanestip*, “Y quiso obligarla a bailar un *uanestip*” (EPD, 15).

En todos los casos, en la prosa de Alonso Zamora Vicente siempre existe una matización exacta sobre lo que dice: (...) “¿Azolven...? ¡Oye, qué mandanga es esa...! Chico, yo tampoco lo sabía, pero, a ver, desde que ando con gente que sabe... Algo se me pega. Quiere decir que se llenan de tierra, que se ciegan, vamos. Don ese, don... don... ¡Lo tengo en la punta de la lengua...! Don... ¡Sí, hombre, el viejales ese de la calle de las Cercas, que es académico...! ¿Caes...? ¡Ese! Pues ese lo dice mucho, lo de azolvar, y también le he oído parasíntesis, y verborrea, y andancio, y livinrrum, con mucha erre...” (CGD, 63).

La sufijación apreciativa (-itol-ita, -illol-illa, -icol-ica) juega un papel importantísimo en la prosa de Alonso Zamora Vicente<sup>48</sup>, de ahí que sean innumerables las formas que encontramos diseminadas por sus páginas no sólo con dicho valor afectivo y de pequeñez (*aparatito, casita, tallercito, hijita, cariñito, caballito, altarcitos, angelicos*), sino con connotaciones semánticas de ironía y de desprecio (*regalito*, “¿Qué no le mandabas un *regalito* a la niñita del jefe...?” (MN, 71); *oficialito*, “¿Es posible? Lo que era ese *oficialito* era un sinvergüenza” (D, 195); *jefecillo*, “...que había sido *jefecillo* de no sé cuántas cofradías...” (TD, 91); *defectillos, tufillo, mediquillo; gentecica*, “...Qué *gentecica* lleva...” (SLC, 38); *quejica*, “Lo peor es que se pone muy *quejica*” (TD, 44). Otras veces, el

<sup>47</sup> Aparte de otras muchas creaciones léxicas bien por composición (*cateto cerril, pichafría, pintología, cegatoprisas, cursipaleta, culibaja, culimema, malasprendas, novamas*, (“Noveas do cómodos que son. ¡El desideratum, o sea, el novamás...! LGD, 57), *rapabarbas, sacavidas, cagatintas*), bien por derivación (*lobreguez, chorrez, fiambre, moribundez, preñez, selvatiquez, cimarronez, cebollinez; chulería, loquería, caprichosería, chinchorrerías, palabrería, gritería, camandulerías, marmolería; cagatorio, sentatorio; esqueleto*) (“Ya habrás notado que ahora lo más elegante es ir al *esqueleto* con *deportivas*, *eso sí, de marca...*”).

<sup>48</sup> Emilio Náñez, (1982): “La lengua del coloquio. (Procedimientos expresivos: El diminutivo en Mesa, sobremesa de Alonso Zamora Vicente”, Madrid, Coloquio, realiza un extraordinario estudio sobre los procedimientos de creación léxica en general y de las formas de derivación apreciativa en particular en la citada novela. No se puede exponer mejor lo apuntado allí por Emilio Náñez.

“[...] el diminutivo constituye el medio más excelente de que se sirve AZV, por su riqueza en cuanto al número de voces y derivados, el número de sufijos con respecto a su opositor más directo e inmediato, el aumentativo, por la variedad de funciones y por el alto grado cualitativo o ley, como en los metales, con que son llevadas a cabo y se manifiestan...”, pág., 122.

sufijo sirve de atenuante (“Era un chico bastante gilí, algo *mariquita*...” (MN, 37); *golfillo* “Dónde te has metido, qué botas traes, pareces un...” (PH, 39); *aventurilla*, “...y el recuerdo de alguna *aventurilla* le asalta” (SR, 87); o adquiere un valor superlativo, “...y quedó lo que se dice bien *abolladito*” (ATB, 19). Con la duplicación del sufijo se pretende intensificar el hecho referido (“¡Mierda, *puritita*, mierda!” MS, 112).

En multitud de ocasiones, el sufijo diminutivo aparece ligado al gerundio<sup>49</sup> (*andandito*, *subiendito*, *tirandillo*, *silbandillo*, *corriendico*) y, con frecuencia –no habitual en España–, a palabras gramaticales: *enseguidita*, *encimita*, *cerquita*, *aprisita*, *lejitos*, *arribita*, *apostita*, o da pie a formulaciones nuevas: *miajita*, *ajualillo*, *poquitillo*, *quisicosillas*; así como a llamativas creaciones léxicas como *pobretos*, *trompetos*, *niñatos*, *cegato*, “¡Un cegato, este don Satanás!” (EPD, 15)<sup>50</sup>. Por supuesto, en otras ocasiones se muestra lexicalizado (*señorito*, *boquilla*, *carrerilla*, “...aún me lo sé de *carrerilla*” (SLC, 127).

Otros sufijos con abundante presencia en sus relatos son:

–*etel-eta*: *pobrete*, *noviete*, *guarrete*, *cabroncete*, *estudiosote*.

–*uelol-uela*: *profesorzuelo*, *escritorzuelos*, *jovenzuelo*, *mozuela*.

–*inl-ina*: *mediquín*, *hijín*, *pillín*, *Ramundín*, *borrachines*, *chiquitín*, *chiquirritín*, *rapazuquín*, *guapina*, *moralina*, *solaquina* (“¡Sí, sí, eso, así escribió un poema A la *sobaquina*...” CGD, 38), *revesín* “El *revesín* es el mal café, la montaneriza, la cimarronez, la mala intención” (EPD, 95).

–*azol-aza*: *diamantazo*, *suldazo*, *jefazos*, *yernazo*, *cochazo*, *rojazo*, *buenaza*.

–*onl-ona*: *inocentona*, *sortijón*, *piedrón*, *vejancón*, *cobardón*, *vecindonas*, *mozallones*.

–*otel-ota*: *amigotes*, *altote*, *angelotes*, *fuertotas*, *militarote*, *intelectualotas*, *malote*, *berzotas*.

Los sufijos llamados peyorativos, aunque en la prosa de AZV puedan transmitir otras connotaciones léxicas como idea de pequeñez, de matización coloquial, aparte del sentido laxo de desprecio, aparecen también en número considerable: *-ajol-aja* (*chiquitajo*, *pequeñajo*, EC, 58); *-orrol-orra* (*Conchorra* TD, 93, *toscorro*); *-ejol-eja* (*medianejo*, VB, 127); *-uchol-ucha* (*carucha* HF, 92)); *-ucol-uca* (*pantanu-*

<sup>49</sup> Elena Cianca: “El gerundio como recurso estilístico en las narraciones de Alonso Zamora Vicente”, en HAZV, Vol. I, Madrid: Castalia, 1988, págs. 373-384.

<sup>50</sup> Miguel Á. Rebollo Torío (2003) dice: “Hay que detenerse en los neologismos de estas formas, pues son los que nos marcan la creación de Zamora Vicente, o lo que es lo mismo, el grado de intervención meditada, culta, nada popular, del escritor: *acagadiza*, *burricio*, *cachizas*, *camelancia*, *carenosis*, *carrete-razos*, *chulánganos*, *chuletizas*, *cinero*, *desfantasmizar*, *esqueleteo*, *estornudante*, *fiambrez*, *lebratil*, *mearrera*, *melonos*, *melonismo*, *memarra*, *moribundez*, *nalgueando*, *pedantear*, *pispajeo*, *quebrancias*, *sentatorio*, *soberbiosa*, *suspirilancia*. Son muchas las formaciones. Esto no se explica como propio de la lengua “oída” en la calle. Estamos ante un escritor que maneja unos recursos lingüísticos con una habilidad tal que los hace pasar como si fueran coloquiales. No lo son, en absoluto. El empleo de las formas del tipo de participio de presente constituye una muestra de que estamos ante un escritor que busca la exactitud. Los participios de presente, sabiamente dosificados, muestran un registro cultísimo...”, en “Recursos lingüísticos cultos y populares en *Cuentos con gusanos dentro*”, *Con Alonso Zamora Vicente*, Universidad de Alicante, pág. 363.

co EC, 152); -achol-acha (*lenguaracha*, VSR, 106); -acol-aca (*libracos*, MN, 14); -aina (*cagaina*, MS, 60); -uzol-uza (*pestuza*, VB, 79); -utel-utol-uta (*franchute*, SLC, 104).

Los sufijos -ales, -oide, -ango y sus variantes -engo, -ingo, -ongo, -ungo, que expresan un matiz humorístico, de burla o de atenuación a la par que idea de menosprecio o desestimación, son característicos en boca de sus hablantes: *rubiales* (ATB, 195), *borricoide* (VB, 428), *guarrangos* (HF, 64), *mujerangas* (VB, 583), *bailongo* (VSR, 48), *furciángana*, *pindonga* (EC, 30).

Los personajes de los cuentos de Alonso Zamora Vicente conocen a la perfección las normas de cortesía que deben imperar en la conversación con el fin de que el intercambio comunicativo sea eficaz. Sin embargo, son conscientes de la posición que adoptan de cara al receptor, puesto que lo que dice o piensa o transmite sólo lo conocemos por la voz del hablante:

*¡Ay, que no, que esta vida es un continuo sobresalto, si lo sabré yo! ¡Sí, mujer, sí, ten paciencia! ¡Te lo voy a contar todo, claro que te lo voy a contar! Pero déjame un respirillo, que aliente siquiera.” Cálmate, déjame que te siga contando... Le llamaba con frecuencia cabronaso. Sí, no me regañes, es palabra poco fina, pero te lo digo para que comprendas mi suposición: el tal diablo, me da el tufillo, de que, por casa y familia, era andaluz. Ya te digo: hablaba y hablaba, y muy subido de tono... (“Españoles en la cola”, en ¡Estos pobres diablos...!)*

El hablante<sup>51</sup> irrumpe en la conversación y llama la atención del interlocutor porque entiende que este, a su vez, no respeta su turno en la interlocución. El emisor se erige en el único que puede emitir verbalmente rompiendo el principio de cooperación por no atender, en principio, las estrategias de cortesía. La comunicación viene a ser más directa. Por otra parte, el emisor se erige en el dueño absoluto de la información y comunica aquello que le interesa sin contar con las opciones o intereses del interlocutor. Así puede reiniciar el falso diálogo contraviniendo el código de la cortesía:

*¡Oiga, oiga, yo se lo estoy contando a mi manera, también con usted...! ¡No me interrumpa! Si quiere, me escucha y, si no, tal día hizo un año y usted se larga con viento fresco a escardar cebollinos y a mí me deja en paz, que quiero ir a ver el concurso de la tele y necesito estar bien dispuesta, que, luego... Bueno, ¿qué...? ¿Sigo o doy cerrojazo...? Pues váyase callando y punto redondo, y esté atento, y no me distraiga. Le iba diciendo que don Jacinto nos traía fritos, lo que se dice con el alma en un hilo, pidiéndonos arrepentimiento, sacrificios, ayunos, reparto de bienes... (“Un respirillo, hasta Don Diablo lo merece...”, en ¡Estos pobres diablos...!)*

Alonso Zamora Vicente conoce a la perfección los recursos del idioma ya que su escritura, al margen de lo que nos cuenten sus personajes, consiste en el empleo

<sup>51</sup> J. Sánchez Lobato (2007: 428).

exacto de la palabra, de la palabra hecha expresión, de la palabra hecha comunicación, de la palabra hecha vida y reviviendo<sup>52</sup>. La palabra en Alonso Zamora Vicente se ha adueñado de la comunicación total. Por sus páginas se pasea en plenitud el genio del idioma: la palabra adentrándose en los recovecos del idioma para ser devuelta con nuevas aristas a sus usuarios<sup>53</sup>.

---

<sup>52</sup> Según su forma de expresarme, aquí convendría *remaneciendo*.

<sup>53</sup> En AZV todo es creación, incluso desde la ironía: “Oye, ¿también entienden las momias de impuestos? Que... El otro día me han pasado del Ayuntamiento uno nuevo, sobre gastos suntuarios, que... El infeliz quidam que haya pagado más de dos reales por la vivienda, es un tiparrajo lujurioso. Esto de lujurioso no es lo que tu crees, ¿eh...?, mal pensado...! Es una palabra clave en el argot de las agencias turísticas. Si dices lujurioso por lujoso, te ofrecen una silla para que descanses, te dan una gaseosa... Pues el empleo de lujurioso se cura con un impuesto” *CGD*, 63.